

lejos. Todo lo cual, no le impide tomar parte en las cabalgatas que cierran la procesión panatheneica, pues es para él un placer indescriptible domesticar al pujante potro de la "blanca Colona," país rico en corceles que se encabritan y arquean el cuello en curvas nerviosas dignas del trazo de Fidias! Si en una de esas campañas que el norte refresca cada mañana y en donde suministra coronas para Demeter y Perséfone el narciso que crece junto al azafrán dorado, el efebo se entretiene despidiendo amablemente con un viajero, hasta que la luna los sorprenda, podrá escalar la ciudadela y llegar al fin a la casa de su amiga para cuyo amor no es tanle nimia.

Veis, pues, Señores que para este afortunado y ejemplar ateniense la vida no es posible entre los cuatro muros de una casa. Además, la arquitectura oficial es tan bella en toda la confederación helénica, que ningún ciudadano puede ambicionar un palacio que compita con el templo dedicado a la virgen Athenea ni con el Strothion, ni siquiera con la dótica y sencilla ordenanza de los Propileos. Sin embargo, fuerza es que tenga un lugar en donde repose de las fatigas diurnas, y lo será fácil, dada la claridad de su espíritu, hacer evolucionar el tipo egipcio, adaptándolo a las condiciones del clima y creando al mismo tiempo detalles decorativos que le son perfectamente propios. Traspuesta la sonora puerta de bronce se halla en jardín en torno del cual se levantan pórticos de mármol enyos capiteles ya no son lotiformes sino resueltamente dóricos, es decir, helénicos. Paralelamente se alinean las habitaciones: la sala de recepción para los días solemnes, un gineceo para la familia y dependencias para el servicio. Toda esta arquitectura es ricamente colorida, y en los grandes muros, tormentosas lucanales destacan sus siluetas sobre el rojo estuco. Hay estatuas de mármol en los corredores y pequeñas Nikes crisocefalinas en la sala común; armas doradas, lamparas de plata, jasoidos cortinajes teñidos

con la púrpura de Tito, hechos de maderas preciosas con incrustaciones de nácar y espejos de electrón que al dorso muestran infiernos humanos por causa de Eros. Si la casa es la de un pobre, guardará no obstante la misma disposición y será reducida a sus escasas necesidades; como decoración, el mismo espíritu distinguido subsiste y, si bien es cierto que no tiene lujosos muebles, siempre posee algo más que la vasija de barro que le concede Taine. Más tarde cuando el griego ya no gusta de las fiestas, ni de los bellos discursos, ni de la vida exterior, ampliará los diversos departamentos del hogar y hará labor obscura. Para entonces ya estará próximo al vasallaje de Roma. Un día comerciantes venidos del país por donde se hunde el sol, llegarán a mitilar las obras cultísimas de Grecia y sus hijos marcharán como esclavos a la ciudad bárbara de la Lomba, en donde hace frío, y cuyo cielo se nubla todas las tardes con las polvazas que levantan pestilentes vientos.

Sobre la dorada colina del Acrópolis, todo ha terminado: solamente "el olivo salvaje, ese árbol desconocido para la tierra de Asia y también para la gran isla dótica de Pelops; ese árbol, que no fué plantado por la mano del hombre y que no reclama cultivo alguno —espanto de las lanzas enemigas— aquí prospera. El olivo de pálidas ramas cuyas hojas saludan al niño cuando nace: jamás jefe enemigo, joven ó viejo, podrá extirparlo del suelo, porque crece bajo las miradas protectoras de Zeus Morius y de Atenea, la de los ojos azules"....

Todos vosotros sabéis mejor que yo que, en la historia del arte, el romano es considerado como un traficante. Todas las civilizaciones anteriores y también sus contemporáneas, le suministran ideas y formas, porque él es prisa de los más vehementes impulsos de conquista y de lucro y sólo puede de pensar en expediciones guerreras que le produzcan tierras fériles y esclavos sumisos. Y si bien es cierto que un día discurré el ateo de medio punto y la bóveda esteri-